

ses han tomado una parte activa en el desarrollo de nuestra disciplina y *hasta* llegan a ocupar posiciones de vanguardia en estos puntos”⁵.

Un detalle final del libro no deja de producir inquietud. “Ayer — escribe Leroy en la *Conclusión* —, la lingüística era obra de erudición; hoy en día ha llegado a ser una ciencia”⁶. Resulta que el *ayer* era la gramática comparada, eran los neogramáticos, era Humboldt, era Meillet; *hoy* venimos a saber que todo eso no era sino erudición, cuando ellos, por el contrario, creían estar haciendo ciencia (y *hasta* se les reconocía). ¿Qué dirá del *hoy en día* el historiador de mañana?

FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ.

Instituto Caro y Cuervo.

GISELA BEUTLER, *Studien zum spanischen Romancero in Kolumbien in seiner schriftlichen und mündlichen Überlieferung von der Zeit der Eroberung bis zur Gegenwart*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1969.

Se ha publicado en Alemania, y acaba de llegar a nuestras manos, este trabajo de alto interés para las letras colombianas. Ya conocíamos a la autora por varias publicaciones en *Thesaurus*; entre otras, la de una colección de dichos y proverbios colombianos. Trabaja ella, actualmente, como profesora de la Universidad Libre de Berlín Occidental. Durante su estancia en Colombia la doctora Beutler coleccionó el material para componer este libro sobre las tradiciones escrita y oral del romancero español en este país, cuyo estudio le fue insinuado por el profesor A. Meyer-Abich, de la Universidad de Hamburgo, la universidad alemana de mayor prestigio y tradición en los estudios iberoamericanos.

Como se sabe, fue paradójicamente Colombia la que dio el primer estímulo a las investigaciones sobre la tradición del romancero español en Latinoamérica, con la negación de Vergara y Vergara respecto a su existencia en este país, aunque también por haber llamado éste la atención de los investigadores hacia las riquezas inexploradas de la poesía llanera, así como con los subsiguientes hallazgos de romances por parte del Padre Pedro Fabo de María y de sus sucesores. Uno de los méritos de Rufino José Cuervo es el de haber despertado el interés de Menéndez Pelayo por la tradición romancera en Lati-

⁵ Pág. 153. El subrayado es mío.

⁶ Pág. 187.

noamérica, a comienzos de nuestro siglo. Y gracias a los materiales enviados por él, por el Padre Fabo y por Antonio Gómez Restrepo, Menéndez Pidal pudo, en su *Romancero hispánico*, dar noticia de los primeros descubrimientos colombianos. Hubo después toda una serie de folcloristas y de literatos que, en Colombia, coleccionaron y publicaron romances, lo mismo que algunas instituciones, como el Instituto Caro y Cuervo y el Instituto Colombiano de Antropología, que prestaron su colaboración a Gisela Beutler.

Sin embargo, justamente en Colombia, los hallazgos de romances tradicionales estaban lejos de ser tan ricos como en otros países hispanoamericanos, lo que se debe, según el biógrafo E. Simons, a que, de hecho, la tradición en Colombia no es tan nutrida o a que las investigaciones han sido menos intensivas.

El libro que nos ocupa era una necesidad, a pesar de todos los esfuerzos anteriores de colombianos y extranjeros, ya que nos faltaba una visión de conjunto de los textos disponibles y de las investigaciones dispersas en múltiples libros y artículos.

Meta de la obra es, a más de aportar nuevo material, especialmente de la tradición oral, la presentación de la mayoría de las huellas del romancero español en sus variaciones regionales colombianas, desde la Conquista hasta nuestros días (la omisión más notable es la de los romances religiosos de la Madre Castillo) y su evaluación crítica, basada, frecuentemente, en los estudios hechos al respecto por colaboradores del Instituto Caro y Cuervo. Se prescinde expresamente de consideraciones sobre el origen de los romances colombianos, es decir, de sus derivaciones y sus formas españolas, tratadas ya en numerosos estudios sobre el romancero latinoamericano; y también de las fuentes y prehistoria del romancero español, tarea proseguida en el *Romancero hispánico* del Seminario Menéndez Pidal.

El libro, de 386 páginas, se presenta en una edición pulida y estéticamente bien equilibrada. El estudio propiamente dicho comprende las primeras 190 páginas, las cuales se hallan seguidas de apéndices con los textos de los romances, bibliografías, lista de informantes, registros y transcripciones musicales. Por estar escrito en alemán y, por lo tanto, no al alcance de todos los interesados, damos aquí, además de algunas observaciones, un breve resumen de la obra.

La lectura y la revisión de los diversos temas tratados resultan cómodas por la partición del libro en pequeñas subdivisiones, cuya sucesión se indica al comienzo de cada una de las partes principales. La cronología impone a la primera parte (capítulos I a V) el orden lógico de lo expuesto. El capítulo VI resume lo tratado anteriormente. En la parte que estudia la tradición oral actual, con base en los romances coleccionados por la misma autora (capítulo VIII), predominan las explicaciones de tipo biográfico, sociológico, político, geográfico, económico y folclórico, ya relativamente extensas en la primera

parte. Estas, en sí mismas, tanto como respecto al tema, tienen su valor, y hacen más interesante y amena la lectura y hasta son indispensables. Por otra parte, el contenido de los romances y el ambiente en que se cultivaron y cultivan (fiestas, procesiones, certámenes literarios, velorios, etc.), están, naturalmente, lejos de poder ser tratados de manera exhaustiva en el marco de este estudio. Confiesa la autora, en su introducción, que el libro es un poco desigual. Suponemos que quiso referirse especialmente al tratamiento necesariamente diferente de aquellas dos partes, la diacrónica y la sincrónica.

Los primeros cinco capítulos, en 130 páginas, con su resumen en el capítulo vi, de dos páginas y media, presentan las huellas, especialmente, de la tradición escrita del romance culto.

Son raras las historias de la literatura hispanoamericana que traten con algún detalle de la tradición romancesca en el Nuevo Mundo (o en las colonias judeo-hispanas), a pesar de que este género lírico-épico es uno de los más 'castizos' y, en este sentido, sólo comparable con el *Cid*, el *Quijote*, la novela picaresca o la comedia del Siglo de Oro, pero que no soporta la comparación con cualquier canción tradicional, en cuanto a extensión geográfica. Junto con la copla y otras formas de versificación populares, llegó a Latinoamérica con los conquistadores, los colonizadores y las siguientes olas de inmigrantes peninsulares y con la constante importación de colecciones y pliegos sueltos.

Se sabe que la tradición medieval en las Colonias era mayor que en la misma España, por ser menor el impacto del Renacimiento. Con todo esto, extraña un tanto que el mundo aventurero de la Conquista no nos haya transmitido ni un romance criollo. Y extraña que, hasta ahora, falten pruebas directas de la tradición de romances españoles en Colombia, del tiempo de la Conquista. Es poco probable que, a diferencia de otros países, especialmente del Perú y México, el Nuevo Reino de Granada se haya quedado al margen de esta corriente. Además de la tradición oral actual que, en gran parte, tiene sus raíces en aquellos primeros siglos, las alusiones que se hallan en diversos textos prueban que Colombia no representa ninguna excepción. Gisela Beutler insiste en que un estudio detenido de la literatura colonial y de las crónicas colombianas de los siglos xvi y xvii, deberá procurarnos un mejor material probatorio. Además, aduce una serie de causas probables que podrían explicar que aun investigaciones minuciosas en los archivos nacionales no ofrecieran mayores resultados: la limitación de los centros culturales de Santa Fe de Bogotá y Cartagena frente a México y el Perú; el establecimiento tardío del Virreinato y la introducción igualmente tardía de la imprenta (ambos hechos ocurridos en 1739); una tendencia anti-tradicionalista (italianizante) entre los primeros poetas; y la pérdida de manuscritos y plie-

gos sueltos por varias razones. Claro está que uno u otro de estos hechos, o similares, pudieron presentarse fuera de Colombia.

Gisela Beutler dedica un estudio matizado a las huellas que dejó el romancero en las *Elegías* de Juan de Castellanos, receptáculo de las corrientes literarias españolas del siglo xvi. De las reminiscencias de romances tradicionales que Isaac J. Pardo (1961) encontró en esa obra, la doctora Beutler señala dos como poco convincentes, por no ser de necesaria dependencia literaria. De otro lado está segura de que las *Elegías*, bien estudiadas, podrían revelarnos otras reminiscencias más. Muestra cómo Juan de Castellanos se sirvió de los romances españoles en función de citas que evocan el valor simbólico que tuvieron en la mente de sus lectores, lo que presupone que ellos estaban bien enterados del romancero español. El ejemplo más convincente es el del romance *Mis arreos son mis armas*, sobre el cual Jorge Páramo P. había llamado la atención ya en 1947, y que fue introducido en el poema, evidentemente, para sugerir el ideal caballeresco-ascético, al cual adhirió el autor de éste y profesó en parte de su vida agitada, y para aprovechar el estilo retórico, antitético, muy de su gusto.

Si las huellas observadas en las *Elegías* son las únicas del romancero hasta ahora encontradas en el siglo xvi colombiano, bastan, sin embargo, para comprobar la circulación de la tradición romancera escrita y oral en aquel tiempo. Fuentes posibles de Juan de Castellanos, quien había salido de Sevilla a la edad de 18 años, podrían ser, además de sus recuerdos peninsulares, el cancionero de Amberes que probablemente poseyó y, por ser sacerdote y aficionado a la musa Polimnia, los libros didácticos de los vihuelistas, en donde se mezclaba la música religiosa con la profana. La escasez del aprovechamiento del romancero en sus 150.000 versos puede explicarse cómodamente por su tendencia italianizante.

En los siglos xvii y xviii, el romance adoptó el estilo del culteranismo y el conceptismo y admitió los temas más diversos, siempre en contacto estrecho con la tradición española, a pesar de ciertas características coloniales, como la acumulación de metáforas. A su lado pervivió el romance tradicional, como se puede deducir de varias alusiones. El siglo xviii ofrece, en Colombia, las primeras pruebas directas. Como en las demás colonias, en aquel entonces los romances cultos sirvieron en primer lugar a la expresión de los sentimientos religiosos y monárquicos. Gisela Beutler presenta, entre otros, el texto hasta ahora no publicado del romance intercalado en el manuscrito (Biblioteca Nacional de Colombia) del *Thesaurus linguae latinae* de Fernando Fernández de Valenzuela (1628/29); nos habla de los dos romances de tema político (glorificación de España y polémica antiinglesa) que se han conservado del Certamen Literario de Tunja (1662); aduce, como un ejemplo más de la predilección por el tema religioso, los romances, artísticamente endebles, de Juan de Cueto y

Mena (1660), mencionando también sus comedias en donde predomina el verso característico del romance; presenta dos romances publicados por Enrique Otero d'Costa, uno del español inmigrado Juan Flórez de Ocariz, y otro, de autor anónimo, variante de los romances fronterizos (inspirado, probablemente, en la novela de Pérez de Hita *Guerras civiles de Granada* (1595), lectura predilecta en la Colonia), que describe la guerra contra los indios pijaos; gracias a los estudios hechos por Fernando Antonio Martínez (1963), puede mencionar *El Carnero*, de Rodríguez Freile, como otra fuente de la tradición romancera en Colombia; y, finalmente, llama la atención hacia la serie de estampas de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos sobre los Infantes de Lara, tema que todavía Rufino José Cuervo escuchó en forma de romance, pero que hoy día parece subsistir solamente en el metro de la décima. Lo más interesante del siglo xvii, sin embargo, es el romance *A la pasión de Cristo*, de Hernando Domínguez Camargo, imitación fracasada — y por eso poema logrado — del romance subjetivo-lírico del español Fray Hortensio Paravicino, y, a su vez, imitado por un sacerdote desconocido, de vuelo mucho menos alto. Después de comparar a los tres poetas, Gisela Beutler trata de la reacción de Domínguez Camargo frente al plagiador anónimo, en la célebre *Invectiva apologética* que, de paso, menciona dos romances españoles. Busca la autora de los *Studien* explicarse las razones de esta arremetida en la forma tradicional de los comentarios de Góngora. Gracias a esta crítica satírica es como, verso por verso, la doctora Beutler pudo reorganizar el perdido texto original del romance.

Esta revista del siglo xvii lleva a Gisela Beutler a la conclusión de que el romancero español estaba todavía vivo en Colombia en un tiempo en el cual, en España, después de su auge entre Felipe II y Felipe IV, ya pasaba de moda. Si la desvalorización de los géneros, como lo señaló recientemente Rudolf Grossmann, no es tan grande en Latinoamérica como en Europa, no pudo serlo en el caso del romance, ya que aquí éste estaba limitado, de antemano, a oyentes humildes.

En el siglo xviii disminuyó la corriente de la tradición del romance culto. A comienzos de la centuria, Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla ofrece unos romances de rima fluida y estilo elegante, muy de su siglo. Bajo la influencia del clasicismo abandonó el octosílabo tradicional y adoptó el encasílabo y el endecasílabo, una fusión de la poesía académica con la popular como se encuentra en Sor Juana, a quien, a veces, imita. Sus temas, en su mayoría, son morales y religiosos, como en el siglo precedente. Vélez Ladrón de Guevara, por el contrario, está dentro del marco de la poesía cortesana y bucólica del Virreinato, la que dominó el gusto de su siglo, con temas profanos y galantes, autobiográficos o costumbristas, como en su célebre descripción de un viaje al salto del Tequendama.

El teatro, que se sirvió frecuentemente de temas de romances e incluyó, a veces, romances enteros o fragmentos de ellos, más o menos fielmente, sin duda contribuyó mucho a la difusión del romancero. Pero una evaluación de esta influencia es imposible todavía por faltar estudios sobre el teatro colonial o publicaciones de textos de comedias. Gisela Beutler cita un romance incluido en una loa presentada en Ibagué, en 1752. Es una descripción de las festividades, una especie de crónica periodística y pertenece al grupo de las 'relaciones' o 'relatos', tan frecuentes en la España del siglo anterior.

Por el contrario, la *Relación del castigo*, manuscrito del Archivo Rufino José Cuervo, de propiedad del Instituto Caro y Cuervo, impresionada como testimonio de la mentalidad popular en tiempos de los comuneros; no tiene forma de romance, pero corresponde a los temas tratados por los romances plebeyos.

Uno de los raros romances de tipo noticioso es la *Defensa de Cartagena* (1741) que se halló en el *Poema cómico* (1789) de Fray Felipe de Jesús. Redactado en la forma tradicional del teatro barroco español, este último se sirve especialmente del verso propio del romance. Entre líneas se hacen ya ciertas críticas a los españoles. Bajo esta luz, Gisela Beutler interpreta la alusión que el autor hace al romance español de Francisco Esteban. La *Defensa de Cartagena* fue investigada, en 1950, por José Manuel Rivas Sacconi, quien descubrió allí el primer romance colombiano, de auténtica poesía nacional. Comparando la presentación de los hechos en el poema con la descripción de los eventos realizada por el historiador Ch. E. Nowell, Gisela Beutler llega a la conclusión de que el autor fue un testigo ocular. Además, puede precisar la fecha de la composición (entre marzo y septiembre de 1741), basándose en que en el romance se encuentra un "viva" al almirante Blas de Lezo, quien murió el 17 de septiembre de 1741, siete meses después de la defensa de la ciudad de Cartagena.

Durante las Guerras de Independencia, el espíritu anti-español se expresó, no sólo mediante los pasquines, sino principalmente mediante coplas, décimas, octavas y redondillas. Según Gisela Beutler, se juzgó que los romances octosílabos estaban impregnados de tradición española y por eso se usaron tan sólo con intención burlesca, para parodiar el elemento peninsular.

Además, la poesía patriótica de los literatos prefirió la forma clasicista: a más de odas y sonetos, los romances heroicos endecasílabos, dos de los cuales Guillermo Hernández de Alba publicó y estudió en 1960, y los eneasílabos, ambos propios de la tradición del siglo XVIII. Esta poesía de la Independencia es escasa, lo que se debe evidentemente, como lo vio Alberto Miramón, a la estricta censura de aquellos años.

Solamente tras la larga acción conciliadora del tiempo, hacia finales del siglo XIX, se volvió a emplear el romance octosílabo para un

tema nacional. En cuanto a su revaloración literaria, tuvieron influjo positivo los ejemplos españoles del Duque de Rivas y de Zorrilla. Sin embargo, no fue sin recelo por parte de los poetas clasicistas como se adoptó el romance octosílabo como forma principal en el *Romancero colombiano* de 1883; allí se cantan, en un tono predominantemente melancólico-lírico, escenas de las guerras de independencia, en composiciones de treinta colaboradores colombianos de calidad e inspiración muy desiguales, entre los cuales se destacan los nombres de Rafael Núñez, Rafael Pombo, José María Samper, José Manuel Marroquín, Miguel Antonio Caro, José Caicedo Rojas, José Manuel Groot, Ricardo Carrasquilla y José Joaquín Ortiz.

Parece que, fuera de esta manifestación nacionalista-histórica, no tenemos, hasta hoy, otra prueba directa de la tradición romancera del siglo pasado. Pero sí poseemos unas pocas menciones referentes a la poesía popular. Estas se encuentran en escritos críticos de literatos y costumbristas. Entre ellos está Rafael Pombo, hombre tan familiarizado con la poesía y la música populares. En su *Cartapacio*, un cuaderno de anotaciones hechas entre 1854 y 1883, pero no publicadas, la doctora Beutler encontró la mención de un romance que circulaba, por entonces, en Colombia.

Del romance moderno existen muchos ejemplos y temas. Gisela Beutler no lo trata por extenso, primero porque el doctor Vicente Pérez Silva proyecta la publicación de *El libro de romances colombianos*; y, segundo, porque ella constata cómo el concepto 'romance' se ensanchó en las colecciones modernas hasta equivaler a 'poesía de leyendas' o ha llegado a designar la evocación lírica-subjetiva del pasado de una ciudad o de un personaje histórico y aun referirse a un ramo de la producción, como el cultivo del tabaco. Lo último no es tan nuevo si pensamos en Andrés Bello o en la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, del romántico colombiano Gregorio Gutiérrez González quien, además, se sirve allí del tono lírico-épico del romance. De todos modos, hoy día, el 'romance' popular tiene poco en común con la tradición. En Colombia, como lo comprueba la autora, la palabra *romancero* puede llegar hasta designar lo indígena, auténtico y sencillo en general y, a veces, se aplica también a colecciones de coplas.

En 1938, Ismael Enrique Arciniegas se había lamentado del lenguaje poético, casi siempre pobre de muchos romances modernos: "cuando se quita la asonancia, no queda más que prosa". Sin embargo, frente al ideal histórico-didáctico de los romances del siglo XIX, la poesía prima en nuestra centuria, debido tanto a la influencia de romances antiguos como a la de los hermanos Machado y García Lorca. Gisela Beutler comenta unas colecciones de romances modernos que le interesaron por su relación directa con el romancero tradicional español: las de Manuel Briceño (1928), Mario Carvajal (1936), Ismael

Enrique Arciniegas (1938), Aurelio Martínez Mutis (1941) y María Guerrero Palacio (1954). Destaca que las huellas de romances antiguos sirven allí frecuentemente como recurso estilístico.

En los capítulos VII y VIII del libro, Gisela Beutler trata, en 42 páginas, de la actual tradición oral de los romances en Colombia, de la historia de las investigaciones anteriores y de los resultados de las suyas propias.

Frente al material bastante escaso de los siglos anteriores, tenemos aquí una profusión de poemas coleccionados por la misma autora, y extraña, a primera vista, el número reducido de páginas dedicadas a estos tesoros, en comparación con los estudios amplios sobre la tradición escrita de los siglos pasados. Es que la autora nos habla aquí casi exclusivamente de los fenómenos exteriores, como la designación popular de los romances, su extensión, su ambientación, la manera y la intensidad de su uso, pero poco de los mismos textos en su variación local. Durante su estancia de tres años (1960-1963) en Colombia, financiada, sobre todo, por la Asociación de Investigadores y la Fundación Ibero-Americana de la República Federal de Alemania, en varias excursiones por el país, de las cuales cinco fueron organizadas por la Comisión del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia (ALEC), del Instituto Caro y Cuervo, coleccionó diecisiete romances religiosos y dieciséis novelescos (algunos en prosa) con 600 variantes, aproximadamente. Así dio una prueba irrefutable de que en Colombia, como en la mayoría de los países latinoamericanos, subsiste con vigor esta tradición española, preferentemente sobre temas religiosos y novelescos. Subsiste en el campo, entre la gente pobre e inculta y, especialmente, en regiones de población negra.

En un mapa de Colombia, la autora indica los lugares donde efectuó sus investigaciones, en los departamentos de Santander del Sur, Nariño, Antioquia, Huila, Norte de Santander, Magdalena, Atlántico, Bolívar, Chocó, Tolima, Cundinamarca y Boyacá. Es interesante su observación de que, en muchos casos, sobre todo en el Chocó, los romances no se designan con esta palabra, sino que se llaman según su título, muchas veces diferente al español, o reciben los nombres de *historias*, *cuentos*, *canciones viejas*, *corridos*, *versos* y — según su contenido — *ensaladillas*, *chistes*, *tragedias* o *tristes*.

Mientras que los romances profanos se encuentran en casi toda Colombia, muchos como canciones de niños, alcanzando mayor frecuencia *Don Gato*, *Hilito*, *hilito de oro* y *La recién casada*, los romances religiosos se concentran en los territorios con población negra (Nariño, Chocó, Costa Atlántica) donde, en parte, se enseñan en las escuelas; entre ellos, los más frecuentes son *Camina la Virgen pura* y *La Virgen se está peinando*. El romance infantil de mayor frecuencia es *Mambrú* y entre los romances de relación se destacan, por su po-

pularidad, *Mañana, domingo y El piojo y la pulga*; entre las canciones asonantadas se oyen, sobre todo, *En Santa Elena y El barquero*.

Gisela Beutler ofrece un cuadro sinóptico en el cual se puede observar la difusión de los diversos romances por departamentos, según los resultados de la investigación. Las zonas de población negra no solamente son las más ricas en obras conservadas, sino que allí las versiones se mantienen, además, en su forma más arcaica. A diferencia de la población india, más bien anti-tradicional en cuanto a elementos culturales españoles, la población negra es el transmisor oral más importante tanto de la poesía como de la música españolas tradicionales. Esto se explica por el contacto estrecho de los esclavos negros con sus amos blancos, y su gran musicalidad y sociabilidad. La tradición también es caudalosa en Santander del Sur, pero pobre en el Norte de Santander. En cuanto a las variantes, la mayoría se encontró en Antioquia (140), Nariño (126) y Huila (106).

La autora renuncia a una comparación entre las variantes encontradas con las versiones conocidas del resto de Latinoamérica. Tales comparaciones, por cierto, rebasarían el marco del libro. Además, parece prudente esperar más trabajos sobre cada una de las tradiciones nacionales antes de iniciar estudios de tipo comparativo.

Estos trabajos, por lo menos en su parte inicial o sea la recolección de material, no deben ser demorados. Es curioso que los mismos informantes se dieron cuenta, muchas veces, de que el motivo de la investigación era salvar tesoros que están en vía de extinción. Efectivamente, hay varias razones que hacen temer una pronta pérdida de esta tradición: la tecnificación de la vida, que trae como efecto la influencia de la música mejicana y de la música de moda en general mediante los radios transistores y los discos; la desaparición de la generación todavía ligada a la tradición; la apertura de nuevas vías de comunicación, que saca a muchas zonas de su aislamiento conservador; y, a veces, prohibiciones de los cantos tradicionales, en los velorios, por parte de la curia.

Los romances coleccionados por Gisela Beutler, en sus diversas variantes, muestran frecuentemente diferencias locales con los originales españoles. Sobre todo, se cambiaron los nombres de lugares españoles, de plantas y de animales europeos por nombres colombianos, familiares a los informantes, y también se introdujeron costumbres del país. En cuanto a nombres de personas, Gisela Beutler encontró un solo ejemplo de cambio local, por cierto muy curioso: en el romance *Dónde vas, Alfonso Doce*, aparece "Alfonso López" (expresidente colombiano) en lugar de "Alfonso Doce".

Un papel importante para la tradición de romances no solamente religiosos, sino también profanos, tienen los velorios y las fiestas de la Semana Santa y de los 'alumbramientos' (en honor de santos). Los romances profanos sirven, bajo el nombre de 'cuento', 'evento' o 'his-

toria', como diversión de los asistentes a los velorios, en donde se cantan o recitan junto con los romances religiosos llamados 'alabanzas' o 'alabados'.

Se sabe que en el siglo xvii se tenían por indispensables, en las procesiones, los romances de pasión, tanto en España como, p. ej., en México y Nueva México. De Colombia no hay pruebas directas a este respecto, pero, por la supervivencia y gran extensión de este tipo de romances (especialmente *Por el rostro y por la sangre*) se puede deducir que aquí también existieron parecidas costumbres.

Es indudable que, como a las restantes colonias, a Colombia también se importaron pliegos sueltos de romanceros. Gracias a una inspección de las listas de envíos por barco, en el Archivo de las Indias, de Sevilla, Gisela Beutler pudo comprobar el frecuente envío de éstos a Tierra Firme, a comienzos del siglo xviii (1730-32). De esta manera se demuestra que las importaciones de romances, que estaban comprobadas ya para los siglos xvi y xvii, no fueron interrumpidas antes de la nueva ola de inmigrantes campesinos del siglo xix. La impresión de pliegos sueltos en Colombia fue técnicamente posible sólo a partir de finales del siglo xviii. No nos queda ningún rastro de pliegos sueltos con romances, ya sea enviados de España, o impresos en Colombia.

Actualmente en el país, de nuevo se venden 'pliegos sueltos'; pero los 'trovadores' están contagiados por la poesía moderna y su producción es más bien desastrosa.

La doctora Beutler presenta como ejemplos de la vasta gama de los romances de tradición oral, el romance temáticamente más antiguo de Colombia, sobre el destino del capitán Juan Rodríguez Suárez, publicado por Enrique Otero D'Costa, en 1922, y uno muy moderno, sobre el accidente que sufrió un bus, en Antioquia.

En las páginas 191-203 se encuentra el apéndice A, con textos de la tradición escrita. La ortografía de los originales se mantiene salvo mayúsculas, minúsculas, tildes y puntuación que fueron adaptados al uso moderno.

En las 115 páginas del apéndice B, se presentan textos de la tradición oral, coleccionados por la autora y subdivididos en 17 romances religiosos, 19 novelescos, 1 moderno, 4 infantiles, 4 de relación y 3 de origen latinoamericano; además, varias oraciones como *Santo Dios, Salves* y canciones de 'gualí' (para velorios de niños) del Chocó. Incluidas las variantes, tenemos un total de 325 textos, con indicación de los lugares de recolección. Siguen 13 páginas de comentarios acerca de algunos romances religiosos e infantiles, indicación de las diferencias menores del resto de las variantes, unas versiones en prosa y canciones que, en una u otra forma, se asemejan a romances.

A base de las bibliografías ya existentes y de búsquedas suplementarias de la autora en la Library of Congress, se establece, después, una

bibliografía especial, país por país, de las versiones latinoamericanas hasta entonces publicadas de 38 de los romances encontrados en Colombia. A esto sigue una bibliografía alfabética de autores que publicaron romances encontrados en Latinoamérica. Después de la lista de los informantes que proporcionaron las variantes de los romances, *Salves*, *Santo Dios* y canciones 'gualí', se ofrece una vasta bibliografía general que excluye los títulos de publicaciones arriba mencionadas y se subdivide en manuscritos, bibliografías y autores por orden alfabético. Siguen registros alfabéticos de nombres y materias.

En las últimas 20 páginas, finalmente, a título de ejemplo, se presentan unas transcripciones musicales de romances religiosos, novelescos, infantiles, de relación y de origen latinoamericano. Las melodías, recogidas por la autora mediante grabaciones, fueron transcritas por Peter Cahn, profesor de música de la Universidad de Francfort del Meno.

El libro de Gisela Beutler es una seria contribución al progreso de los estudios sobre la tradición del romancero en Colombia, tanto en lo referente a las diversas funciones literarias que ha tenido éste en las diferentes épocas, como en cuanto a su supervivencia dentro de la poesía popular actual. Al mismo tiempo, el aporte de tantos textos y la compilación de las valiosas bibliografías son un estímulo y una ayuda a los investigadores, especialmente colombianos, para que prosigan en la búsqueda de romances y de las reminiscencias de romances en las tradiciones escrita y oral del pasado y del presente, así como en la investigación de ellos. De manera que, tanto por las interpretaciones ofrecidas como por el material aportado, se justificaría la traducción al castellano de esta obra que, evidentemente, no es, ni puede ni quiere ser, la última palabra sobre la tradición romancera en Colombia, pero sí es un foco que concentra muchas luces de las investigaciones del pasado, que abre otras fuentes y arroja lumbre hacia trabajos futuros.

GÜNTHER SCHÜTZ.

Instituto Caro y Cuervo.

FELIX KARLINGER, *Einführung in die romanische Volksliteratur*, I. Teil: *Die romanische Volksprosa*, Munich, Max Hueber, 1969, 333 págs.

Desde hacía mucho se esperaba un libro de introducción (o bien un manual) acerca del arte popular de contar cuentos y de la prosa popular de los pueblos románicos. Por esto saludamos entusiasmados la aparición del libro del señor Karlinger, que llena un vacío dolorosa-